

Señor. Pero ¿por eso deberé temer menos? ¿Es menos digno de lástima el que es arrancado repentinamente de las dulzuras de la soledad y de la contemplación, como un niño del pecho de su madre, para arrastrarle como una víctima á funciones tan nuevas y formidables? ¿No habia entre vosotros alguno, sobre cuya prudencia y esperiencia se pudiese contar con mayor seguridad?»

Escribió también el santo abad, aunque no tan pronto, al nuevo Papa. «Mi hijo Bernardo, le dice (1), por una mudanza desconocida á la naturaleza, ha venido á ser mi padre Eugenio. Es necesario que esta metamorfosis aproveche también á la Iglesia vuestra esposa, para que prospere cada vez mas, y que á este fin deis vuestra misma vida si tuviese necesidad de ella. Confieso que me he estremecido de júbilo al oír esta noticia; ¿y podría yo dejar de tomar parte en la comun alegría? Sí, me he regocijado, pero con temor: los arrebatos mismos de mi alegría han sido acompañados de temor y espanto. Estais sin duda elevado; pero por lo mismo estais espuesto á mayor caída. La Iglesia tiene no obstante motivo de complacerse, pues tiene derecho á esperar de vos mas que de ninguno de cuantos os han precedido por largo tiempo. Ya habiais aprendido á no ser vuestro; y así puede prometerse que sereis todo suyo, y que os creereis llamado á servir y no á ser servido. Considerad para esto cuántos Pontífices habeis visto pasar delante de vos en muy pocos años: la brevedad de su vida os anuncia la fragilidad de la vuestra. Pensad, pues, cuando les sucedeis, que lo que os lisonjea se os va, y que vuestro poder como el suyo debe ir rápidamente ó por lo menos indudablemente á estrellarse contra el sepulcro.»

Eugenio se aprovechó de estas adver-

(1) *Epist.* 238.

tencias y gobernó con mucha equidad y sabiduría la Iglesia, durante un pontificado de cerca de ocho años y medio, casi siempre agitado por facciones y turbulencias. Este solitario, levantado de repente al trono Pontificio, fué inaccesible al deslumbramiento y ofuscación que rodean la cima de las grandezas. A ella habia llevado la modestia y el humor tranquilo de su primer estado, y en la misma adquirió habilidad y grandeza de alma, y así se manifestó tan distante de la debilidad como de la aspereza y de todos los demas estremos en que dan comunmente los hombres que pasan sin intervalo al punto en que él se hallaba. Con respecto á su santo maestro, le conservó tanto afecto y le dió tanta parte en su confianza, que se decia por todas partes que no era Bernardo de Pisa, sino Bernardo de Claval el que habia sido hecho Papa.

Las turbulencias de Roma obligaron á Eugenio á hacer por algun tiempo su mansión en Viterbo, en donde recibió diputados de los obispos de Armenia y de su católico ó patriarca, que tenia, segun dijeron, mas de mil obispos bajo su jurisdicción; venian á consultar á la Santa Sede sobre algunas diferencias que tenian con los griegos, é hicieron homenaje al Sumo Pontífice en nombre de todas sus iglesias. Lo que sirvió mucho á confirmarlos en sus buenas disposiciones, fué que en la misa que celebró el Papa en su presencia el día de la dedicación de San Pedro, uno de aquellos diputados, segun declaró delante de toda la corte romana, vió un rayo de luz celestial y dos palomas sobre la cabeza del Sumo Pontífice. Tal es el testimonio de Oton, obispo de Frisinga, que se hallaba presente. (1)

El obispo de Gáballo en Siria acompañaba á estos armenios. Él era el que mas esfuerzos habia hecho para someter la iglesia

(1) *Chron.* part. 8, cap. 33.

de Antioquia á la Santa Sede, y se interesaba eficazmente en los progresos de los católicos entre los orientales. El objeto principal de su viaje era solicitar socorros para los cruzados que estaban consternados con la pérdida de Edesa. A fin de animar á los occidentales, celebró mucho el poder de un príncipe cristiano, aunque nestoriano, llamado el Preste Juan, que vivia al otro lado de la Persia, á la cual habia ganado grandes victorias y se disponia á socorrer la iglesia de Jerusalem. Este es el primer monumento en que se hace mención del príncipe llamado el Preste-Juan. El obispo de Gáballo hizo con lágrimas en los ojos una patética pintura de la desgracia de los cristianos de Edesa. Sitiada esta ciudad dos años enteros por Zengui, soldan de Alepo y de Ninive, sin recibir ningun socorro, se habia rendido por fin el día de Navidad de 1144, habiéndose hecho una espantosa mortandad de habitantes, que no habiendo estado jamás bajo la dominación de los infieles, todos sin escepcion eran cristianos. Pereció también el arzobispo, y las iglesias sufrieron horribles profanaciones, particularmente la que habia poseído hasta entonces las reliquias de Santo Tomás.

Los turcos con esta conquista se creyeron en estado de poder echar de todo el Oriente á los cristianos. Zengui murió poco despues de su bárbaro triunfo; pero su hijo Noradino, que le sucedió, era tan valiente como su padre y mucho mas hábil, y estaban muy lejos los fieles de poder oponerle iguales gefes. Joselino el jóven, despojado del condado de Edesa, se habia atraído su desgracia por el regalo y disoluciones continuas en que vivia en sus casas de placer á las orillas del Eufrates. Raimundo, príncipe de Antioquia, habia sido humillado por los griegos hasta el punto de pedirles con sus súplicas la paz, y de no avergonzarse de ir á Constantinopla á rendir homenaje

sobre el sepulcro de Juan Comneno. En Jerusalem, Fulco de Anjou, yerno y sucesor del rey Balduino II, despues de haber tenido continuamente las armas en la mano contra los bárbaros, habia muerto de una caída del caballo, y no habia dejado mas que dos hijos de poca edad. La reina Melisenda, madre de estos, habia hecho coronar á Balduino que era el mayor, aunque no tenia mas de doce años, y dos despues de esta época fué cuando Edesa cayó en poder de los musulmanes, y toda la Palestina se vió amenazada de la misma suerte; esto es, cuando tenia por rey y casi único recurso un príncipe de catorce años.

Lo grande de este peligro llenó de sobresalto á todos los fieles hasta las estremidades del Occidente, y despertó por todas partes aquel celo fervoroso que se habia visto cincuenta años antes en el Concilio de Clermont, donde se acordó la primera cruzada. El rey Luis el Jóven, movido por otra parte de sentimientos de penitencia por haber hecho abrasar, segun ya hemos dicho, sobre mil y quinientas personas en una iglesia de Vitry durante las guerras con el conde de Champaña, formó el designio de tomar la cruz. Todo el mundo aplaudió los deseos del monarca, y la guerra santa iba á quedar resuelta cuando San Bernardo, á quien él habia llamado dijo que era preciso antes consultar al Sumo Pontífice. El rey envió inmediatamente embajadores al Papa Eugenio, el cual muy enternecido por su parte por las sollicitaciones del obispo de Gáballo, se alegró infinito de que el rey Luis se hubiese anticipado á sus deseos, y concedió para aquella segunda cruzada (1145) las mismas indulgencias que Urbano II habia concedido para la primera.

Aunque el Papa se hallaba muy ocupado en esta grande empresa, concibió al mismo tiempo el designio de extinguir las facciones de Roma. Empezó excomulgando á Jordan,

nuevo patricio, con sus principales partidarios: despues acudió á los liburtinos, antiguos enemigos de los romanos, y bien pronto redujo á estos á pedirle la paz. Concediósele con gusto; pero con la condicion de abolir el patriciado y de reconocer que los senadores no tenian su autoridad sino del Papa. Despues de este tratado volvió á entrar en Roma en medio de las generales aclamaciones de aquel pueblo envilecido, cuya fogosa audacia, único resto de su antiguo valor, se convertia al primer golpe de autoridad en una miserable adulacion. Demasiado prudente para dar su confianza á tan bajas almas, Eugenio, despues de habertomado posesion del palacio de Letran, fué á establecerse al otro lado del Tiber, probablemente en el castillo de Sant-Angelo; y allí fué donde terminó el negocio entablado desde el pontificado de Urbano II, relativo al restablecimiento del obispado de Tournay que una larga continuacion de intrigas habia dejado siempre sin concluir. Eugenio muy desinteresado personalmente, y no menos atento á reprimir la codicia de sus ministros, encargó el exámen de este negocio á San Bernardo. Fundado en las cartas de este santo abad y en el consentimiento de la iglesia de Tournay, nombró para obispo de ella al abad de San Vicente de Laon que se hallaba en Roma, y despues le consagró solemnemente en el cuarto domingo de Cuaresma, que aquel año de 1146 era el 10 de marzo. Así el obispado de Tournay fué separado del de Noyon, despues de haber estado unido á él desde el principio del episcopado de San Medardo, durante seiscientos años.

En la fiesta de Pascua, el rey Luis el Joven tuvo para la cruzada un gran parlamento en Vecelai en Borgña. San Bernardo, que al efecto habia tenido orden espresa del Papa, predicó sobre este asunto con su ordinaria elocuencia: tambien habló el mismo rey, y se

leyeron las letras pontificias en que se concedia la indulgencia. Se habian dispuesto paquetes de cruces; pero antes que el orador hubiese acabado de hablar, todas fueron arrebatadas, y como no bastasen tuvo que hacer pedazos sus mismos hábitos para satisfacer á un ardor que no admitia ninguna dilacion. Con el rey se cruzaron la reina Leonor su esposa, su hermano Roberto, conde de Dreux; los condes de Tolosa, de Champaña, de Soissons, de Nevers, y otros muchos señores; entre los prelados se cuentan Geofredo de Langres, Simon de Noyon, y Arnulfo de Lisieux.

Para arreglar el viage se tuvo otro parlamento en Chartres el tercer domingo despues de Pascua; y como los bienes eclesiásticos eran el fondo principal con que se contaba para la subsistencia de los cruzados, acudieron á esta asamblea tantos obispos que algunas veces se la da el nombre de Concilio (1). A él asistió tambien San Bernardo, y se le quiso elegir por gefe de la cruzada; pero aunque el calor y fruto de su elocuencia le designaban como digno sucesor de Pedro el ermitaño, suplicó al Papa por el reconocimiento que Eugenio se gloriaba de conservar, que no le impusiese ese cargo. «¿Quién soy yo, le dijo (2), para hacer de general de ejército, ordenar en batalla las tropas, y marchar á su frente? Considerando mis fuerzas nunca hubiera podido llegar á este grado aunque yo hubiese seguido únicamente esa carrera; mas aun cuando tuviese para ello la fuerza y capacidad necesaria, ¿qué cosa mas distante de mi profesion?»

Exhortó no obstante al Papa á proseguir esta empresa con todo el celo posible, y á hacer servir para la defensa de la Iglesia de Oriente las dos espadas que pertenecen

(1) *Hist. de l'Eglise gallic. t. 25.*

(2) *Epist. 236.*

á Pedro. «No debeis tener menos celo, le dice, que aquel cuya cátedra ocupais.» Entretanto en una circular dirigida á todas las naciones cristianas (1), combatió fuertemente el fanatismo cruel del monge Rodulfo, que metiéndose á predicar la cruzada en el pais del Rhin, escitaba á matar los judios como los mayores enemigos del Evangelio. El Santo no quiere ni aun que se los eche de los paises que habitan en los Estados cristianos; «porque son, dice, unos testigos permanentes de nuestros santos misterios. Esta es la razon por que están dispersos por todos los paises del mundo, en donde marcados con el oprobio debido á su infidelidad, dan un testimonio irrefragable de la verdad de nuestra Religion. Si hacemos la guerra á los infieles, es porque ellos han empezado á atacarnos, y porque los que entre nosotros tienen el derecho de la espada pueden rechazar la fuerza con la fuerza. Pero si conviene á nuestros guerreros domar á los soberbios, tambien es propio de su piedad perdonar á los sumisos.» Al fin de esta carta el hombre de Dios da á todos los cruzados unos consejos llenos de sabiduría; consejos que si ellos hubieran seguido, su triunfo habria sido infalible y el resultado habria justificado plenamente las promesas que de la victoria habia hecho San Bernardo.

Fué este á predicar la cruzada hasta la Alemania, y aunque no pudo hacerse entender sino imperfectamente de aquellos oyentes estrangeros, su aspecto, su fama, y mas que todo sus milagros, produjeron por todas partes efectos prodigiosos; en Spira, delante del rey Conrado y de toda su corte, en que se hallaba un enviado del emperador de Constantinopla: en Friburgo, en Basilea, en Schafusa, en Constanza, en Colonia, en Aquisgran, en Mastricht, en Lieja, y en la

mayor parte de los pueblos que se encontraban en el camino; y despues á su vuelta en el pais de Claraval. A escepcion de los libros santos, nada se lee que pueda compararse á la relacion que nos queda de este viage, tanto por el número y grandeza de los prodigios, como por su notoriedad (1). Es un diario exacto y claro en que se especifican el tiempo, los lugares, las personas, en que se ha querido mas bien dejar truncadas las relaciones que hablar sobre voces vagas, y en que no se refiere la menor circunstancia de que el autor no esté perfectamente asegurado. Un arcediano de Lieja llamado Felipe, fué el que formó esta relacion por lo que habia visto con sus propios ojos, con Herman, obispo de Constanza, y Everardo su capellan, los abades Balduino y Fruino, los monges Gerardo y Geofredo, los clérigos Oton, Francon y Alejandro; diez testigos oculares de gravedad y probidad reconocidas. El arcediano Felipe quedó tan penetrado de este cúmulo de maravillas, que renunció todas las esperanzas del siglo, y tomó el hábito de monge en Claraval.

El sabio Anselmo de Havelberg no fué solamente testigo, sino objeto de la virtud maravillosa que el cielo habia como prodigado al santo abad de Claraval. Durante la asamblea de Spira fué acometido de un mal de garganta que le quitó casi la palabra y la respiracion. Dijo familiarmente á San Bernardo: «tambien deberiais curarme á mí.»—«Si tuviérais la fé que tiene este buen pueblo, respondió Bernardo, acaso podría hacer algo por vos.»—«Si no tengo bastante fé, respondió el obispo, supla la vuestra.» El Santo le tocó haciendo la señal de la cruz, y al instante la hinchazon y el dolor desaparecieron (2).

(1) *De mirac. Bern.*

(2) *Vit. lib. 11, cap. 5.*

(1) *Epist. 322, alias 365.*

A pesar de tantos prodigios que parecían autorizar la cruzada, el rey de Germania no aprobaba esta expedición. Bernardo, que jamás hablaba en público sin que se lo pidiesen, un día que estaba diciendo misa delante del príncipe se sintió fuertemente inspirado de predicar en aquel momento en que nadie lo esperaba, é hizo un discurso sobre el juicio final, en que pareció á sus oyentes no ser un hombre, sino el mismo Soberano Juez el que oían. El rey interrumpió al orador y pidió la cruz derramando un torrente de lágrimas. Sus hermanos Enrique duque de Suavia, y Oton obispo Frisinga, Federico su sobrino, y una multitud de príncipes y de señores manifestaron el mismo deseo. El duque de Bohemia, el marqués de Stiria, y el conde de Carinthia se cruzaron poco tiempo después; y en algunos meses el rey de Germania se vió al frente de doscientos mil hombres que no deseaban mas que el momento de combatir (1).

Al salir de la iglesia el santo predicador, para afirmar su obra volvió á hacer otros muchos milagros. Conduciéndole Conrado con los príncipes por miedo de que le atropellase la multitud, le presentaron un niño cojo, al que curó en presencia de todo el mundo. Al mismo tiempo le llevaron una joven corcobada y una muger ciega, que fueron igualmente curadas. Multiplicándose los prodigios y la concurrencia del pueblo cada vez mas, fué necesario cerrar y asegurar las puertas de la casa en que estaba el Taumaturgo, á quien, puesto á una ventana, le presentaban los enfermos por una escalera. Un día que le sorprendió el concurso, costó muchísimo trabajo poderle sacar, y la felicidad que hubo de llevarle sano y salvo á su casa fué mirada como uno de los mayores milagros.

(1) De mirac. Bern. cap. 4.

Una parte de los alemanes que habían tomado la cruz, á saber, los de las cercanías del Rhin y del Weser, fueron destinados á España. Pasaron á la Gran Bretaña, donde encontraron doscientas embarcaciones tanto inglesas como flamencas, y todos juntos se hicieron á la vela para Portugal, en el que Lisboa estaba ocupada todavía por los moros. Esta grande ciudad sostuvo un sitio de cuatro meses, al cabo de los cuales se entregó por capitulación (1147). La plaza quedó por Alfonso Enriquez, primer rey de Portugal, y el botín para las tropas auxiliares. Este fué todo el triunfo de aquellos cruzados (a). Los de Sajonia volvieron sus armas contra los paganos del Norte, donde sus ventajas, por el pronto mas brillantes, fueron no obstante menos sólidas. Después de haber llevado el terror y la desolación á las tierras de los esclavones por espacio de tres meses, todo vino á parar en bautizar bárbaros consternados y no convertidos; después de lo cual el ejército victorioso compuesto de cien mil hombres con los dinamarqueses que se le habían incorporado, hizo la paz con condiciones que los venidos observaron solamente hasta que se deshizo la liga.

Los cruzados destinados á Oriente, tanto alemanes como franceses, convinieron en

(a) Aunque ya en las notas anteriores hemos indicado cuáles fueron los principios del reino de Portugal, añadiremos aquí que desde que á don Enrique de Borgoña, casado con doña Teresa, hija natural de don Alonso VI de Castilla, se dió el título de conde de Portugal, no cesó de dilatar sus dominios conquistando todos los años alguna parte del territorio ocupado por los moros. Su hijo y sucesor Alfonso Enriquez fué el primero que tomó el nombre de rey, que le dieron sus tropas dos días antes de la célebre batalla de Ubrique, hoy Cabezas de Reyes, dada en 23 de julio de 1139, en que logró la mas completa victoria contra los moros, cogiéndoles entre otros despojos cinco banderas ó estandartes. Auxiliado luego en 1147 por el ejército de los cruzados, tomó á Lisboa, y tras de ella se le rindieron Sintra, Alenquer, Obidos, Ehora, Velbes, Serpa, Mura, Beja, Palmira y otras muchas ciudades hasta el Algarbe, con cuyas conquistas afirmó su reino. Véase Mariana, lib. 10; y Ortiz, lib. 8, cap. 2 y 3. (N. del E.)

tomar su ruta por la Grecia; aunque separados para no incomodarse con la multitud, debiéndose reunir á la entrada del Asia. Rogerio, rey de Sicilia, que conocia la perfidia de los griegos, intentó por medio de enviados hacer mudar esta resolución, y ofreció navíos para hacer el viage por mar; pero los dos gefes de la cruzada, uno y otro de menos de treinta años, ambos casi de una misma edad, y cada uno al frente de doscientos mil hombres valientes y robustos, teniendo en nada las fatigas y peligros, no hicieron caso de un consejo que les hubiera ahorrado muchos pesares. El rey Conrado salió primero, tomando su camino por la Hungría.

En Francia, antes de la partida del rey, era necesario todavía nombrar un regente que gobernase en su ausencia. En esta parte el rey se remitió á lo que hiciesen los señores, y estos nombraron á Guillermo, conde de Nevers, y á Súgero, abad de San Dionisio; elección que aplaudió todo el mundo á escepcion de aquellos sobre quienes recaía. El conde Guillermo era uno de aquellos grandes que conociendo el vacío de las santas instituciones de la Cartuja; y este aumento de honor le determinó á ejecutar inmediatamente su promesa sin que las súplicas del rey y de todos los príncipes pudiesen estorbarlo. Súgero, hombre de Estado, habia por algun tiempo, bajo el hábito monástico, unido esta profesion con el fausto y las ocupaciones de la vida secular; pero habia muchos años que su persona y su monasterio estaban sujetos á una regularidad que le habia merecido los elogios de San Bernardo (1); y aun este santo abad fué el primero que sugirió el pensamiento de nombrarle regente, preparó para ello á los señores, y fué á anunciárselo á Súgero, el

(1) Epist. 78.

B. del C., tomo V.—XVIII.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo III.

cual opuso las mas vivas reclamaciones pero estas al cabo fueron inútiles después de la negativa decidida del conde de Nevers, y así quedó él solo encargado de la regencia, la que no quiso aceptar sin preceder una orden espresa del Sumo Pontífice.

Los dos reyes cruzados partieron sucesivamente á Grecia en todo el corriente año de 1147. Habian ya pasado cuatro después de la muerte de Juan Comneno, que habia sostenido muy bien su imperio vacilante contra las diferentes naciones musulmanas que le desquiciaban por todas partes. Dícese de él que volviendo á Constantinopla después de una victoria ganada á los persas, no quiso subir al carro triunfal, sino que puso en él un cuadro de la Virgen, á la cual atribuía el suceso de sus armas, y que iba delante á pié con una cruz en la mano. Habia designado para sucesor suyo á Manuel, el mas jóven de sus dos hijos, á quien reputaba mas digno de reinar; y no se engañó, si en la disimulación y el engaño consiste el mérito de un emperador.

Manuel habia afirmado su autoridad; cuando los reyes Conrado y Luis llegaron uno tras de otro á sus dominios. Bien hubiera querido poder estorbarles la entrada, pero no estaba en estado de contenerlos por la fuerza; y así, después de haberles concedido el paso, y dado las palabras mas lisonjeras como á dos auxiliares deseados y amigos generosos, agotó contra ellos todos los recursos de la malignidad y la perfidia. Hacía atacar á sus tropas en los desfiladeros, y en todas partes donde podia sorprender á alguno de sus destacamentos separados. Cuando iban á comprar víveres, se les cerraban las puertas de las ciudades, se les echaban cuerdas por donde después de haberles tomado el dinero, les daban algo de pan y algunas otras cortas provisiones y algunas veces desaparecían sin darles nada. A las ve-